

# JACOBO RAUSKIN

**Víctor Casartelli**



Alta, lúcida y concisa, la poesía de Jacobo Rauskin nos lleva de la mano hacia rincones donde podemos descubrir la inacabable belleza que el poeta percibe en imágenes cotidianas a partir de la incisión de su mirada y de la luz de su intuición, pulsiones que despiertan las evocaciones y provocan en él la necesidad de incurrir, nostalgia de por medio, en el casi imperceptible ejercicio de comparación de épocas que se hace inmanente en su memoria. Recuerdos que fijan en las retinas del lector la naturaleza circundante que, las más de las veces desapercibida a nuestros ojos, todavía resiste, y al hombre que aun en su misérrima condición ríe y canta.

El bien determinado rumbo que ha fijado para su obra este poeta que pertenece a una generación presionada, pero jamás influida por la pasada dictadura, lo llevó a generar la alquimia exacta para alcanzar plena madurez con el libro *Naufragios*, publicado en 1986. Desde entonces y bajo la lumbre de los poetas del Siglo de Oro y la poesía contemporánea en lengua inglesa –idioma que domina a la perfección–, Rauskin nos entrega periódicamente secciones pulidas de una obra construida sobre la base de espacios geográficos definidos: Asunción, sus calles y su gente, localidades suburbanas, del interior del país, y del mundo que conoció en su deambular. En todos estos trabajos y en los subsiguientes, mediante un lenguaje muy firme, aunque con voluptuosidad acaso solapada, Rauskin ha establecido uno de los discursos testimoniales más precisos, coherentes y conmovedores de su entorno habitual y circunstancial, así como de las coyunturas de vida de los seres que lo habitan.

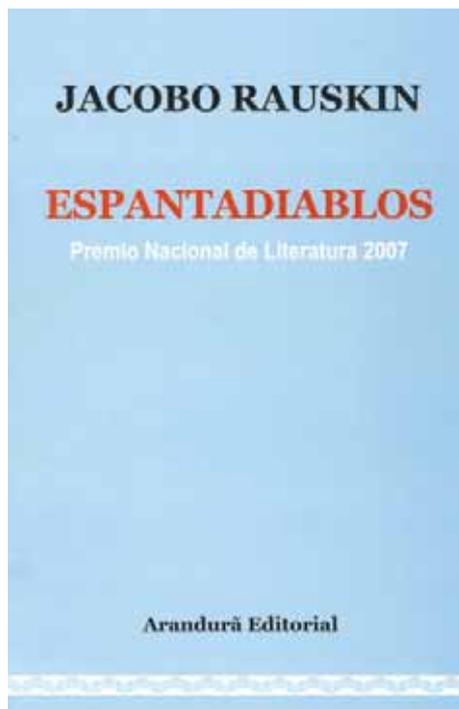
Se trata de un universo donde conviven, con desusada intensidad, lo sublime y lo grotesco, la óptica idealizadora y el contexto asfixiante de nuestras sociedades. La riqueza connotativa de esta convergencia en la que podemos ver una serie de opuestos, se traduce en la emergencia de un lenguaje que establece una poesía intensamente moderna y lúcidamente barroca, para mostrarnos nuestra condición de seres a la deriva entre la organización del melodrama y los desamparados del absurdo. Así, este poeta ha sabido erigir un universo poético no asido a ninguna corriente pasada o en boga sino a un dominio general y universal: el de la poesía misma.

Con una lengua que va depurando hasta alcanzar, muchas veces, una brevedad de haiku con fascinantes cadencias cuya etiología descansa en la asonancia y disonancia de los vocablos que emplea con sorprendente maestría, nos lleva a la representación de una serie de flashes que iluminan escenas domésti-

cas en las que, poco a poco, vamos descubriendo presencias de fuertes alusiones sociales, así como escenas de la vida real que, según dónde y cómo se gesten, suelen pintar con perfiles casi abstractos y, dado el caso, con levísimo tinte erótico, situaciones de indubitable carácter dramático que la destreza del poeta hace aparezcan casi encubiertas por la contención que impone al lenguaje, un lenguaje nuevo, el cual desarrolla con estricta medición

despeñarse una retórica

Hugo dice que el «lenguaje es necesario acentúa su agresiva. Al lo habitual convierte en shock para «sorpresa» Baudelaire técnico en moderna, tiempo lo rotura barro cuando con es posible la poesía de circunscrita a



para nunca al abismo de inútil.

Friedrich concepto de nuevo» sólo allí donde se intensidad romper con – explica- se una suerte de lector. Esta es ya desde un término la poesía como en otro fuera la lítica. Contingencia Friedrich afirmar que Rauskin está ese entorno de

agresividad, y que su poética se asienta en la rotura consciente – y lúcida – del lenguaje habitual. Pero no se trata de una rotura con lo cotidiano, ni a su representación superficial en el

poema, sino a la utilización de un lenguaje dislocado que tiene la virtud de distanciarse de toda correspondencia posible entre los signos y lo designado. Es que el lenguaje rauskiniano es esencialmente disonante. Su densidad llega a colmarse en las diversas refundiciones que practica, e igual que en la pintura y en la música, los resultados son sorprendentemente hermosos. Lo que sorprende es la materia viva de su poesía, y el lector pasivo puede esperar cualquier sorpresa que bien puede ser la aparición en ella de la imagen arcaica o la ciencia posmoderna.

Andariego como pocos, Rauskin tiene la virtud de haber resistido a la estafa de la modernidad, la de «motorizarse», y ha preferido ser un empedernido peatón, un caminante continuo que observa y escucha atentamente cuanto sus ojos y oídos captan. Es así como sus ojos, cerrados al fútil destello de las banalidades, pueden desviar la mirada y posarse en un vendedor de lotería o en una niña que recoge frutos maduros en un baldío de los extramuros de la ciudad: para estos seres anónimos, marginados de la atención ciudadana, la voz de este poeta se yergue como soporte del vacío y la esperanza, los remira a través de los prismáticos de un eje simbólico y poético y los reinstala en la memoria de la olvidadiza sociedad. Y en el silencio al que le somete el proceso de la creación poética, entre la barahúnda habitual del tráfico de una ciudad puede discernir de pronto el canto de un pitogüé o el trinar de los gorriones, el silbato de un tren que parte, la sirena de un viejo barco que llega e inicia el atraque al muelle de un puerto fluvial, el lejano ladrido de un perro callejero, las notas y la letra de alguna canción popular propalada por una emisora radial también popular.

Y es la canción popular de su país la fuente nutricia de su pulsión poética, principalmente las que llevan el peculiar, inconfundible sello del irrepetible vate que fuera Emiliano R. Fernández, cuya obra Rauskin ha analizado hasta el hartazgo,

método que le permitió acceder a una concepción renovada del lenguaje poético, con la cual pudo romper el círculo mimético de la realidad ( no representa una imagen de lo concreto sino una imagen ideal) para establecer una armonía, una musicalidad abstracta antes que una serie lógica concluyente, logrando que la palabra tenga un carácter litúrgico, enmascarando el poema con su ritmo de jeroglífico.

Hace mucho sostenemos que Rauskin con su poesía ha fundado lo que bien puede llamarse «el espacio rauskiniano», un territorio verbal absolutamente personal y por consiguiente único, inimitable, irrepetible. Precisamente, esta radical originalidad del mundo creado por Jacobo Rauskin explica el creciente reconocimiento de que goza y por la que le han concedido en su país, en 2007, el Premio Nacional de Literatura.